



Ordenaciones presbiterales

(2 Sam. 7,4 ss.; Mt. 1,16 ss.)

Matías Carrizo, Fernando Fortunato y Lucas Díaz

*“Yo seré para él un padre y será para mí un hijo...
tu descendencia y tu reino estarán presentes ante mí” (2 Sam 7, 14.16)*

Como descendiente de David (cf. Mt 1,16.20), de cuya raíz debía brotar Jesús según la promesa hecha a David por el profeta Natán (cf. 2 Sam 7), y como esposo de María de Nazaret, san José es la pieza que une el Antiguo y el Nuevo Testamento.

José era un hombre justo, excelente, hombre de palabra pero también un ser humano sensible y que ante tal noticia, -la de ser padre pero sin engendrar a ese hijo-, se siente desconcertado, abatido, quería mucho a María... pero también a través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto. Así, José nos enseña que tener fe en Dios incluye además creer que Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero Él tiene siempre una mirada más amplia.¹

¹ Francisco, Patris corde 2

La tradición siempre le puso a José el apelativo de “padre”, padre nutricional, pensado, elegido para una misión, para no disminuir que Jesús es el Hijo del Padre Dios....

Nadie nace padre, sino que se hace. Y no se hace sólo por traer un hijo al mundo, sino por hacerse cargo de él responsablemente. Matías, Fernando, Lucas, están llamados a la paternidad; igual que José no será biológica, será la tarea de ir plasmando en ustedes un corazón de padre que cuida, enseña, acompaña, espera, corrige y anima.

Todas las veces que alguien asume la responsabilidad de la vida de otro, en cierto sentido, ejercita la paternidad respecto a él. Siempre que nos encontremos en la condición de ejercer la paternidad, debemos recordar que nunca es un ejercicio de posesión, sino un “signo” que nos evoca una paternidad superior.

En cierto sentido, todos nos encontramos en la condición de José: sombra del único Padre celestial, este Padre que en su Hijo Jesucristo les confiere hoy el sacerdocio ministerial.

Al asemejarse a Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote y al unirse a al sacerdocio de los obispos, quedarán consagrados como auténticos sacerdotes del Nuevo Testamento. Les corresponde la función de santificar en el nombre de Cristo. Por su ministerio, el sacrificio espiritual de los fieles alcanzará su perfección al unirse al sacrificio del Señor, que por sus manos se ofrecerá incruentamente sobre el altar, en la celebración Eucarística; recuerden que han sido tomados de entre los hombres y puestos al servicio de los hombres en las cosas que se refieren a Dios.

La misma responsabilidad de José: guiar, escuchar, trabajar, interceder, o sea, la misión de conducir, atender... De un modo preferencial a los pobres, los olvidados, los descartados de la sociedad, son esos a los que algunas comunidades eclesiales relegan o descuidan. Francisco dice: dar prioridad a esos que no están formando parte de las comunidades,

para buscarlos e integrarlos más estrechamente. No conformarse con los que estamos, no quedarnos mirándonos unos a otros, sino salir a buscarlos.

Y en E.G.: A todos debe llegar el consuelo y el estímulo del amor salvífico de Dios, que obra misteriosamente en cada persona, más allá de sus defectos y caídas.... Un corazón misionero sabe de límites y se hace “débil con los débiles... todo para todos” (1 Co 9, 22). Nunca se encierra, nunca se repliega en sus seguridades, nunca opta por la rigidez autodefensiva. Sabe que él mismo tiene que crecer en la comprensión del Evangelio y en el discernimiento de los senderos del Espíritu, y entonces no renuncia al bien posible, aunque corra el riesgo de mancharse con el barro del camino.²

José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia.

Todos estos acontecimientos muestran que José «ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente “ministro de la salvación”»

Todos pueden encontrar en san José -el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta- un intercesor, un apoyo y una guía en tiempos de dificultad. San José nos recuerda que todos los que están aparentemente ocultos o en “segunda línea” tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación. A todos ellos siempre irá dirigida una palabra de reconocimiento y de gratitud.

² EG 44

Este santo Patriarca nos enseña que: **poniendo el hombro a Dios**, viviendo la escucha con un corazón creyente que se juega por los últimos, siendo su servicio cuidar la fragilidad, se vive entonces la santidad sin grandes manifestaciones, dando lugar a otros, animándose a recomenzar cuantas veces sea necesario, no querer pasar por encima de nadie, ni creer que se tiene toda la verdad, con la paciencia y la constancia de los mansos de corazón.

Recuerden que han sido elegidos de entre los hombres y puestos al servicio de los hombres en las cosas que se refieren a Dios. Tengan siempre el ejemplo del Buen Pastor que no vino a ser servido sino a servir y buscar y salvar lo que estaba perdido. Cuando les entreguemos la ofrenda del pueblo de Dios diremos: **CONSIDERA LO QUE REALIZAS E IMITA LO QUE CONMEMORAS Y CONFORMA TU VIDA CON EL MISTERIO DE LA CRUZ DEL SEÑOR.**

Que Nuestra Madre de la Paz y san José, el hombre que le puso el hombro a Dios, cuiden este sublime ministerio que hoy les entregamos, y sepan tener siempre su tierna cercanía especialmente en los momentos de prueba o tentación y no dejen de acrecentar este deseo de ser pastores de su pueblo cercanos, atentos, agradecidos y generosos en la entrega.

+ Mons. Jorge Lugones SJ

Obispo de la diócesis de Lomas de Zamora